

Hielo

Viaje por el continente que desaparece

MARCO TEDESCO
Y ALBERTO FLORES D'ARCAIS

Traducción de Teresa Clavel

gatopardo ediciones 

Título original: *Ghiaccio*

© il Saggiatore S.r.l., Milano, 2019

Published by special arrangement with The Ella Sher Literary Agency,

www.ellasher.com

© de la traducción: Teresa Clavel, 2020

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2020

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2020

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © «Mercators Projection» de David Burdeny (2007)

Imagen de interior: Iceberg en la Groenlandia meridional

ISBN: 978-84-121414-4-3

Depósito legal: B-12607-2020

Impresión: Reinbook serveis gràfics, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Iceberg, cerca de la pequeña ciudad de Ilulissat,
en la Groenlandia meridional.

Para mi madre y mi padre,
polvo de estrellas del que
solo mil han nacido.

Para Alice.

PRÓLOGO

Está amaneciendo. El sol asoma frente a la montaña de Montevergine, iluminándola y esparciendo la niebla por el valle que es la cuna donde duerme la ciudad en la que crecí. Esta parte de la Hirpinia yace, estática, inmóvil, entre los montes Partenio y Terminio, colosos de Rodas de mi tierra, que se yerguen como protectores de una cultura y un lugar fuera del tiempo. Estas no son las montañas americanas, enormes, difíciles de abarcar incluso con la mirada; no son los Dolomitas, con sus cimas inalcanzables, misteriosas e impenetrables, que sobresalen por encima de las nubes. Estas montañas, precisamente porque son «de proporciones humanas», conservan el sabor de la tierra y del campo, sus olores, su aspereza. Una aspereza que endurece tanto las manos como los pensamientos, y que forjó los actos cotidianos y las gestas de una tribu protoeuropea, los hirpinos (de *hirpus*, que en la lengua osca significaba «lobo»). De ahí procede el noventa por ciento de mi patrimonio genético.

Son estos montes los que, de niño, soñaba con escalar para alcanzar la cima, desafiándome a mí mismo y desafiando a la vez su misterio. Es aquí, de eso estoy seguro, donde aprendí el paso lento, «geológico», necesario para absorber lo que nos rodea sin prisa, para escrutar, para con-

templar lo que se ofrece ante mis ojos y convertirlo en parte de mí. Ni siquiera el mar de Nápoles (la ciudad a la que me trasladé para estudiar Ingeniería) ni el de Brasil (donde he vivido durante varios periodos) han logrado borrar o debilitar este lazo. Cuando los miraba con admiración de abajo arriba, no pensaba que un día pondría los pies en los glaciares de la Antártida, en las Montañas Rocosas y en los montes de Alaska, en los bosques escandinavos de Finlandia, sobre la piedra volcánica en contacto con el hielo de Islandia.

Pese a ser un hijo del Sur, cuando empecé el doctorado me sorprendí estudiando algo muy lejano: la nieve primero, y luego, el hielo. Entonces —ya han pasado casi dos décadas— visité por primera vez los glaciares de los Dolomitas, y fue allí, observando el mundo desde aquellas cimas majestuosas, donde sentí con una fuerza extraordinaria la llamada de las grandes y solitarias extensiones blancas. Ante aquel panorama se afianzó en mi alma y en mi mente la decisión, clara e innegociable, de ver algún día con mis propios ojos las frías tierras de Groenlandia. Una decisión que varios años después se hizo realidad; y poco a poco, año tras año, expedición tras expedición, ese país se convertiría en parte integrante de mi vida. Así comencé mi largo y personal viaje de exploración por un mundo que todavía hoy, después de tantos años, no deja de asombrarme y apasionarme.

Debía de ser el destino.

Me he despertado antes que los demás, como casi siempre. A mi alrededor, el silencio es absoluto.

Las noches del Ártico tienen algo especial. Nunca olvidaré la primera vez que dormí aquí: la emoción de estar en contacto directo con el hielo majestuoso, la luz del sol que no desaparece nunca, la auténtica compañía de los de mi oficio. Siempre he tenido tendencia a despertarme temprano y, una vez despierto, ya no puedo volver a dormirme; una costumbre que con la paternidad se agudizó aún más y que ya no me ha abandonado.

El primer «ejercicio» matutino en medio de los hielos del Ártico es vestirse, y no resulta tan sencillo como se podría pensar. Para enfrentarse al mundo que nos espera fuera de la tienda, es preciso ponerse más de una capa de ropa. Algunos comparan esta forma de vestirse con una cebolla: varias capas de diferente grosor y con distintas funciones, una exterior para el viento, otra que sirve de base, en contacto con el cuerpo, y una capa intermedia.

Es un ejercicio de contorsionismo puro: como la tienda no mide más de medio metro de alto, es preciso coordinar todas las operaciones. Los pantalones te los pones ba-

lanceándote sobre la espalda; luego, sentado con las piernas cruzadas, te pones las diversas capas superiores; por último, los calcetines, dobles y gruesos, que cuesta que se deslicen sobre los pies fríos. Primer mandamiento: no usar nunca prendas de algodón. La ropa que llevamos nos abriga porque atrapa el aire caliente y lo mantiene pegado a la piel, pero el algodón, cuando se moja, no sirve de nada porque las bolsas de aire que se forman en el tejido se llenan de agua. Cuando caminamos y sudamos, la ropa de algodón absorbe el sudor como una esponja, y si el aire es más frío que la temperatura corporal (como sucede en Groenlandia), inevitablemente sentiremos frío con las prendas ya empapadas e incapaces de proporcionar el aislamiento necesario. Por eso, nuestra ropa siempre está confeccionada con material aislante, sea lana o alguna fibra sintética.

Me acerco a la cremallera de la tienda. Llevo muchísimo cuidado para no despertar a mis compañeros de viaje e investigación. En una situación normal, ese sonido metálico sería casi imperceptible, pero aquí cualquier pequeño ruido se amplifica. Las tiendas de campaña que utilizamos en nuestra jerga se conocen como «cuatro estaciones». Son ligeras y se montan en menos de veinte minutos, con material exterior impermeable que nos protege de la lluvia, también presente en Groenlandia. Muchos creen que en las tiendas hace frío, pero en general no es así. El fuerte sol de Groenlandia, sobre todo cuando el cielo está despejado, calienta el interior hasta tal punto, que debemos tenerlas abiertas durante un rato para facilitar la circulación de aire fresco antes de irnos a dormir. Y aún más en pleno verano, cuando el sol no se pone nunca. Nuestro campamento, como decía, está inmerso en un silencio sideral. El ulular del viento —unas veces constante, otras acompasado— es la única fuente de contaminación acústica, si es que puede hablarse

de contaminación. Subo por fin la cremallera y tengo la sensación de que el ruido que hace es casi el de una explosión. Es normal: en el fondo, el sonido no es otra cosa que la transmisión de ondas de presión que, una vez que han llegado al oído, son recodificadas por el cerebro. En Groenlandia, la rarefacción del aire y la ausencia de otras fuentes sonoras producen la impresión de que los sonidos más cotidianos adquieren un timbre distinto, inaudible en otro lugar. Tal vez es el cansancio, tal vez solo una alucinación sonora. O quizá el frío, que juega con nuestros sentidos.

Salgo a gatas y me tumbo sobre la alfombrilla de material impermeable que hemos dejado en la entrada. Me siento. Es preciso hacer un último esfuerzo, el de ponerse las botas sobre los calcetines de lana, demasiado gruesos pero necesarios. Ya estoy cansado. Cansado y, al mismo tiempo, excitado ante la idea de lo que nos espera: cualquier peripécia, cualquier imprevisto deberemos resolverlo con la ayuda exclusiva de los objetos que hemos traído. Cuando estás en medio del hielo de Groenlandia, no puedes permitirte el lujo de ir al supermercado o a una ferretería en caso de que alguien se haya olvidado de meter en el equipaje un destornillador o un rollo de cuerda.

Si los demás se han despertado, no lo dan a entender; bajo la tienda solo se percibe el ritmo de diversas respiraciones. Ha sido una de esas noches que me gusta calificar de «interesantes», cuando alguno se despierta y te despierta para hacerte una pregunta a bocajarro, expresar una idea o, lo más probable, porque ha oído algo que lo ha puesto en alerta. Esta noche le ha tocado a Patrick. Ha sido alumno mío durante el doctorado, no había salido nunca de Nueva York y todo lo que ha estudiado sobre Groenlandia ha sido exclusivamente a través de satélites y maquetas. Lo invité a que se uniera a nosotros no solo para ofrecerle una (merecida) oportunidad de desarrollo profesional, sino también

para que pudiera experimentarla en vivo. Estoy convencido de que todos lo que estudian esta inmensa y maravillosa extensión polar deben visitarla en persona al menos una vez en la vida. Debían de ser las tres cuando Patrick me ha despertado. Estaba un poco nervioso y me ha preguntado si había oído un ruido fuerte, como un rugido, algo extraño procedente del hielo, debajo de nosotros. «Si necesitas cualquier cosa, no lo dudes, despiértame, aunque sea a media noche», le había dicho en cuanto aterrizamos. Y él me tomó la palabra.

He intentado tranquilizarlo explicándole que el hielo suele generar ruidos, que a veces, debido al silencio absoluto que nos rodea, solo se trata de impresiones. Normalmente, lo que se oye es un ruido sordo, como si algo estuviera resquebrajándose debajo de nosotros; recuerda el sonido de una piedra enorme que se desprende de un terreno montañoso. Le he dicho que vuelva a dormirse, que no tenía de qué preocuparse. Evidentemente, no es que yo esté convencido al cien por cien de lo que digo: en medio del Ártico es preciso estar atentos a cualquier cosa, por mínima que sea. Unos minutos después de haber hablado con Patrick, también yo he oído el ruido al que él se refería: es el hielo que se desliza por debajo de nosotros, poderoso, inexorable, a una velocidad que, en verano, en la superficie, puede alcanzar incluso varios cientos de metros al día. Para comprender hasta qué punto el hielo se desliza con rapidez, es como si estando en Roma plantáramos la tienda en la plaza de España y nos despertáramos al día siguiente en la plaza del Popolo. Patrick ha dado en el blanco. Yo ya no he conseguido conciliar el sueño: por una parte, estaba preocupado, y, por otra, sobreexcitado. Tenía los músculos en tensión, permanecía atento a cualquier ruido, incluso el más imperceptible. Me parecía casi estar auscultando a un dinosaurio con el pensamiento.